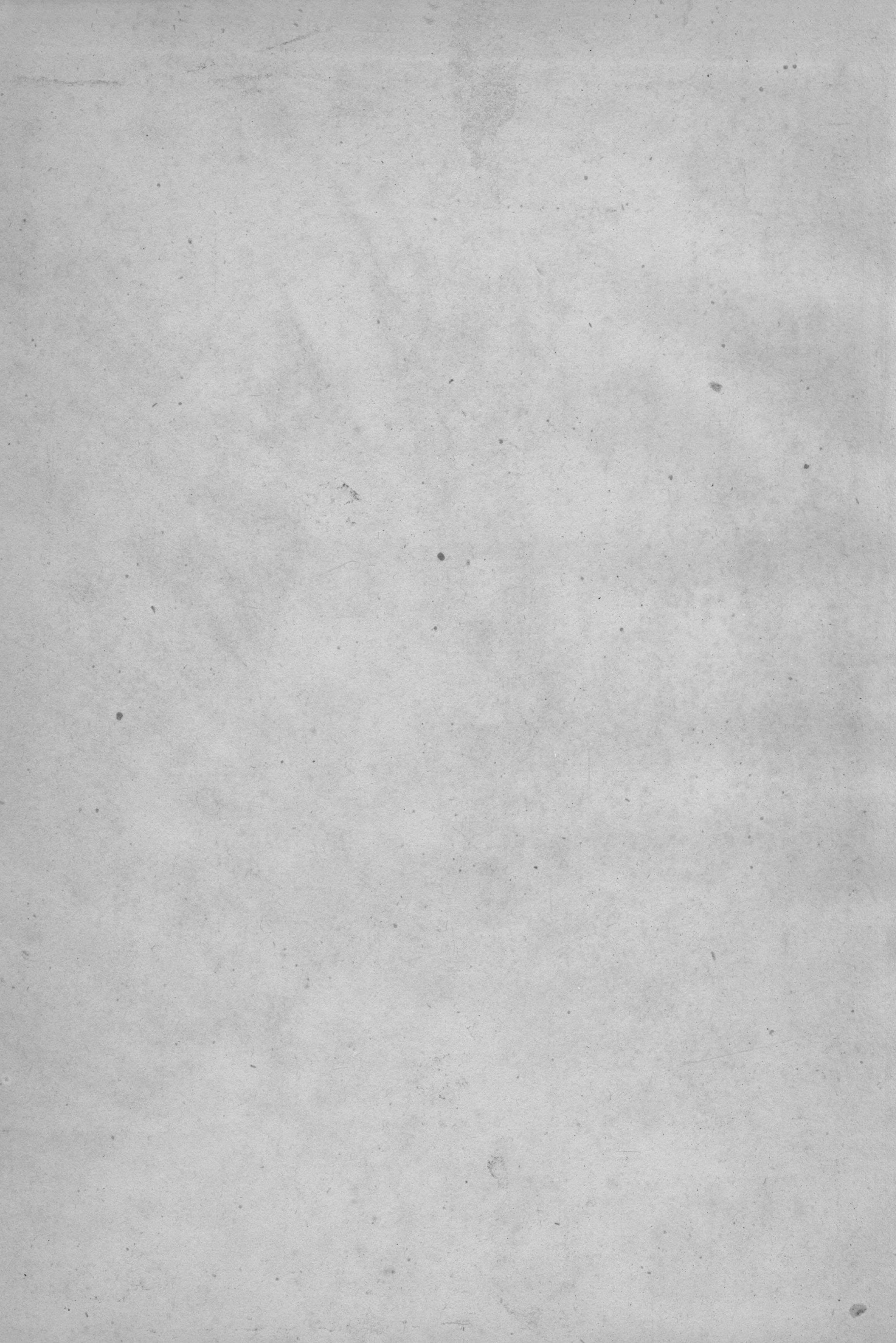


40



De mi querido tío el Sr. D. Benjamín Cortés
Elanos heredé este curioso MS. en 22 Nov^{bre} 1884

S. de Soto Cortés.

~~_____~~

Carta

escrita por un caballero de
Córdoba sobre los caballos y
ginetes de la América
Meridional.

=

Copia de otra que existe en el Deposito
Hidrográfico = C. 3. Papeles varios IV. fol. 31.



Carta

escrita por un caballero de Córdoba sobre los caballos y ginetes de la América Meridional.

Muy Sr. mio: voy a darle a V. S. por su carta escribiendole esta desde un País que se podia llamar la Prov.^a de los Caballos. Tanta es la multitud conque tan demasuada la naturaleza, en su fecundidad, infesta, digamoslo asi, con mucha medra estas regiones del Paraguay, Buenos Aires y su dilatadisima comarca y pertenencias.

Dixe que le daba a V. S. por su carta, tratando sobre la especie de caballos, por que la aficion generosa a ellos, y el des-

trísimo manejo con que los domina (adherencia de sus ilustres ascendientes), no dexan a' N. S. solo con un título de Marques, sino con dos; pues Mar viës, en el idioma dogobárdico, segun Hugo Grocio significa lo mismo que amante de caballos.

Aquí andan a' tropas, por estas inmensas campiñas, caballos y yeguas sin dueño, y de andar merclados se propagan prodigiosamente. Allá los llamariamos brabios ó monteses; aquí los llaman cimarrones; bien que esta voz la aplican a' qualquier especie de brutos que siendo de suyo domésticos tiran al monte, y libres por los campos son cerriles y casi se hacen fieras. Así hay perros cimarrones, mulas, &c.; y aun a' los hombres que fugitivos de la civili-

2
dad, o' qualquiera otra causa, vaguean
incierto y se esconden cobardes, les sue-
len dar el mismo nombre.

Por lo comun estas grandes tropas de
caballos y yeguias van a carreras preci-
pitadas, y con tanta ceguedad en ella,
que suelen atropellar quanto se les po-
ne delante; y es precisa bastante pre-
sencia de animo para tomar conve-
niente partido quando se oye acercarse
un exercito de estos animales (que a
veces van tres o quatro mil juntos),
envueltos en una densissima nube de
polvo, que levantan con el furor de su
carrera.

Es digno de muy particular nota, que
estos desmandados pelotones de caballos
o yeguias monteses, tienen un gran ins-
tinto para robar y llevarse en su tropel
los caballos que estan ya domesticos y

hechos al usual trabajo. Es el caso, que los que caminan con estos brutos quando hacen alto para descansar y los sueltan á pacer (que es el único modo de mantener los que hay aquí), es preciso que estén en suma vigilancia, porque si los caballos cimarrones descubren á los otros, al punto se vienen á ellos á toda carrera, los incorporan en su tropa y se van esotros con la misma prisa. Lo mismo sucede con las mulas, y quando se pase número de una ú otra especie de una parte á otra, es preciso el ministerio de muchos peones ó gente de caballo que los cerque y defienda de que los cimarrones entren en las manadas, porque se llevaran todo aquel número que cortaran.

Los de Buenos Aires y su comarca no usan herraduras como los más de esta América meridional; pero no son pacientes

3

de caminos pedregosos, porque facilmente se despean, aunque llevados pequenitos hacia los Paises de serrania y penascosos se les endurece el casco, acostumbrándose a la asperera del giso sin lesion, como los nacidos en aquellos paises que no la experimentan.

Generalmente la corpulencia de ellos no es mucha, ni la presencia muy garbosa; pero tienen una naturalera de pólvora con velocidad de aguilas. Son, muchos, capaces de toda la instruccion de la escuela, bien que el manejo de aqui no lo contemplan arreglado; y asi los ginetes que aplaudiria, mas son domadores que picadores. No obstante, los caballos de Chile son iguales a los mejores de Andalucia, como son los de Leija, Córdoba y Loma de Ubeda. Se parecen en el cuerpo a los de Ubeda, en la fugosa habilidad a los de Córdoba, en la proporcionada y bella for-

macion á los de todas tres ciudades. Añado
que allí los amaestran tambien en las en-
señanzas del picadero, sin que seche me-
nos la destreza de España.

Para domar estos caballos silvestres y
brabios, se valen los paisanos del laro, en
que son muy diestros. Van á caballo y des-
de él tiran el laro, al que les ha parecido
mejor, con tiro tan certero que lo enredan
de pies y manos, y dan con él en tierra.
Entonces se desmontan, y al que enlaron
le ponen los lomillos (que es la silla del
pais), y lo especial es que los ensillan
y los montan antes que el caballo se le-
vante. Luego que le quitan el laro es de
ver y admirar los esfuerzos extraordina-
rios que el bruto hace para levantarse,
no como quiera, sino despidiendo al jinete;
mas éste, firme como una roca, burla de su
maña y su fuerza. Al fin se levanta el ca-
ballo y parte como un torbellino, y á pesar

de sus violentisimos corcovos, y otras travesuras de este jazer, le da el quiete tantas y tales carreras que le quebranta la furia, le rinde, y de una vez lo dexa domado para siempre.

Son singularisimos estos naturales, sean criollos, sean indios, en mantenerse con firmeza a caballo, y en determinarse a hacer con el quanto puede dar de si el mas temerario arroj. Podriase decir que las cunas en que mecen a los niños son los caballos, a cuyo manejo los aficionan y habitan, que apenas habra muchacho que no tenga perdido el miedo y no los sujete con desembararado dominio. Quando son tan pequenuelos, que les es imposible llegar con el pie al estribo, se ingenian asi para cavalgar: afianzan el pie en aquel nudo o prominencia que tiene la pierna del caballo, y esforzandose en aquel apoyo pasan al estribo y montan ligerisimamente.

No dexa de ser aqui muy comun un resaca
bio en los caballos, que despues de montados
algunos de ellos no hay fuerzas para ha-
cerlos andar; y no todos los giuertes saben
ponerlos en movimiento o en accion. Este
defecto de quedarse inmoble y no darse por
entendido a la instancia de la espuela, lla-
man en este pais empacarse, y a los caba-
llos de esta perjudicial manaa llaman
empacadores: esta manaa es peligrosa por
que toda la inmovilidad del bruto suele
parar en echarse a tierra de repente, que-
dando expuesto el que lo monta al grave
daño de quebrarse una pierna, y tal vez
a otro mayor; aunque algunos giuertes tie-
nen talento especial para meterlos en
paso, y con un par de carreras los acaba-
ran, quitandoles aquella especie de estu-
pidez mal segura y dexandolos corrientes
para la marcha.

Llega a ser tanta la temeridad y la destreza
en alguno otro, que corren el caballo poniendose

de pies sobre la silla o albardon, y la carrera esta impetuosa como si fuesen muy sobre los estribos, llevando el cuerpo en postura tan recta y constante, que no podia ser mas si estuviesen de pie quedo sobre firme. De modo que no los reputo inferiores a los cursores famosos de la Grecia, que tanto celebra Pindaro en sus odas; y los caballos merecen tambien igual aplauso como alla lo tienen en las sublimes composiciones de este principe de los poetas liricos.

No solo son excelentes en cavalgar los hombres, lo son tambien las mujeres. Corren con desenfado y con seguridad, y es mas de admirar que corren a todas bridas, sentadas sobre el caballo, del mismo modo que se sientan comunmente en España, salvo que no llevan el arriño de xamugas, que es una seguridad embarazosa, hija del temor y debilidad del sexo. - No hace aqui novedad que corran dos mujeres a un tiempo en un caballo quanto queda dar de sí

su velocidad rápida. El modo de colocarse es este: una va sentada (v. gr.) la cara al Norte y la otra con la cara al Sur, sin que la una ni la otra en todo el largo trecho de la carrera pierdan la firme igualdad de su primer postura, siendo así que era cosa naturalísima que por el modo con que van sentadas, el preciso impulso o reciproco empuje de las dos les hiciere perder igualdad, sitio, caballo, y venir al suelo.

Aquella sin igual heroína Christina Alexandra, reina de Suecia, entre el prodigioso cúmulo de sus habilidades, tubo la de hacer mal a un caballo con varonil despejo y destreza española. Siempre que se ejercitaba en esta generosa diversion era también español su traje. Sentabase en el caballo al uso femenino, por que el modo contrario no lo tenia por decoroso; pero fijando un pie en el estribo aguijaba tanto el caballo con el acicate que parecia un viento. Aunque si se considera que estas Portenas no llevan

el apoyo del estribo, que corren dos en un caballo, y que van sentadas en el segun estilo de mugeres, no se reconocera en esta linea ventaja alguna de parte de la gran Christina Alexandra; antes bien si alguna hay se declara a favor de las Portenas.

No extrañe V. V. esta voz, porque en este pais llaman Portenas y Portenos a las nacidas y nacidos en Buenos Aires, en quanto jurgan que Buenos Aires es muerto; mas si alguna vez tienen lugar las antifrases e ironias es en este; y el celebre escritor frances Mr. de Voltaire podia añadir a su ingenioso y satirico discurso sobre las contradicciones del mundo las quatro que yo he observado aqui: llaman Puerto, al que es expuesto de abrigo y quietud trabajosissima de las naves; llaman Rio, al que parece o es dilatadissimo mar; llaman Buenos Aires, a una poblacion en que los que corren son malos, al menos los que llaman Pamperos, y tienen este nombre porque hacia su re-

gion están inmensas llanuras de tierra que en lengua de Quichoa llaman Pampas: últimamente llaman Peones a la gente de a caballo destinada o a las labores, o para ir en conserva y auxilio de las carretas que por tan largos caminos hacen el tráfico. Y bien se ve por el nombre mismo, por los diccionarios de la lengua, por las historias, que ser peones y gente a caballo se oponen entre sí; sino recurramos al epitheto que a los soldados dragones suele dar nuestra milicia llamándolos Infantería montada.

Volviendo al asunto, no solo los caballos son prácticos y veloces para caminar por tierra, sino que hay no pocos expertísimos para caminar por el agua, y pescar con ellos en el río; de suerte que a estos bien podríamos con justicia darles el título de caballos de río, o de Hippopotamos. Es de suponer que aquí se crían algunos caballos fornidos y robustos a quie-

nes acostumbraban al tiro, y el tiro lo hacen prendiendo firmemente a la cincha la cuerda o laro a que está anido el peso que han de tirar. A estos caballos de fuerzas y habilidad conocida y experimentada, llaman caballos cincheros, y de ellos se valeu para la pesca dentro del rio, que la executan del modo siguiente:

Afianzan a las cinchas de los caballos con dos cabos o cuerdas largas y fuertes una red a propósito: sobre cada caballo va un hombre, y los dos se unen o separan segun lo pide la ocasion. Van entrando en el rio, incitando a los caballos con una vara o chicote; pero es de advertir que van en pie los pescadores sobre los bomillos o aparejos de los caballos. Estos pierden pie en el agua, y separados al arbitrio de los que los gobiernan van nadando y llevando la red por aquel sitio en que creen que sera la pesca mas abundante, y luego que hacen juicio que la red va cargada a su satisfaccion

van tomando la salida correspondiente, separándose el uno del otro, pero con tal proporción que se logre a una todo el esfuerzo de los caballos para el bien pesado copo.

A la verdad es este un modo de pesca admirable, en que conjúnta la maestría robusta del caballo con la singular pericia del jinete, pues alguna vez hay en el río un oleaje bastante levantado y no obstante se ve ir a aquellos hombres puestos de pie sobre el caballo, y guardando todos los primores del mas justo equilibrio. Si tuvieron semejante espectáculo los poetas de la antigua Grecia y Roma le rebajaré mucha parte de violencia a la cratacasis, ó dura metáfora, que usan cuando alguno otro de ellos le da al navio el epíteto de caballo, pues aquí se ve que el caballo hace veces de navio. Y como las ficciones fabulosas suelen tener su origen en alguna realidad histórica, aunque desfigurada, no tendría yo por inverosímil

que el carro de Neptuno tan proclamado
del gentilismo y tirado de hippocampos,
o' caballos marinos, no fuese otra cosa en
su principio que este modo de pescar que
he propuesto, o' alguno que se le parezca.

Ni es la menor admiracion en esta parte,
que no pocas veces son muchachos los pes-
cadores, siendo especie de milagro en edad
tan corta la intruder con que se fian a
un ejercicio sumamente peligroso, y la
destreza con que se mantienen en pie sobre
un caballo que lo pierde en el agua, y en
agua inquieta con el golpe de las olas.

Si es portento que con tan pocos años
se manejen asi sobre un caballo en el rio,
es portento igual o' mayor que un niño de
de diez a once años hiciere a caballo, en tier-
ra alarde de una habilidad que en Europa
tendra, (si acaso tiene), muy raros exemplos,
y hay de ella en Buenos Aires muchos y
abonados testigos de vista; y quando escribo

esto vive el muchacho obrador de la accion ma-
ravillosa, que fue esta: con el caballo a' carrera
abierta y larga iba cogiendo quantos medios
reales de plata le habian colocado en todo el
espacio que la carrera tenia. Los medios de
plata usuales aqui son del antiguo cuño
que ya no corre alla, y a' quien yo suelo
apodarar con el nombre de duendes de plata,
que caidos a' tierra juegan a' los invisibles
y se entretienen con quien los busca: de
donde nace una dificultad suprema en coger
con tanto acierto materia tan diminuta,
y que buscada con sosiego se huye de los
ojos, quanto mas corriendo en un caballo.
Pero esta suprema dificultad la superaba
el chico con facilidad suma, cogiendo a' tiro
hecho con la mano los medios reales que
le distribuian en el suelo, y como su brazo
era corto iba desprendido y fuera de la silla
para alcanzar, que es la segunda y mayor ma-
ravilla de aquella accion.

9

Quando nuestro gran Rey Felipe V, de mi-
moso illustro quatro años há con su pre-
sencia, para fomentar mas y mas en la Real
Maestranza los ejercicios de cavallerisca, que
viviesen de generosa emulacion, autorizó en
ella los del estafermo y caberas, que duran
hoy y durarán siempre como instrucciones
de aquel soberano peritissimo maestro. El de
las caberas sabe V. muy bien que se practica
puesta la cabera en tierra, y arrancando el
maestrante, que ha de hacer la muerte, desde
la linea, va al principio a galope o media
carrera mientras saca la espada, y hecha
esta diligencia empuña al caballo a todo
correr, e inclinándolo el cuerpo lo que es
preciso para lograr el lance, hace quanto
puede por clavar la cabera con la punta,
y si lo consigue su tino feliz y firme pulso,
consigue tambien el aplauso del circo, y es
parte del trofeo desprender con garbo la cabera

de la punta del espadín de modo que trayese
la valla. Pero V. S. sabe tambien que son
pocos los que dan el golpe á punto fijo y
con acierto; y aunque fueren muchos no
es comparable el lance de la cabera con el
de este que es el americano, ya por la
edad tierna, por la repetición de la suerte
en una carrera misma, por la tenuísima
materia en que se ejecuta, por la postura
violenta y arriesgada, por la constancia
de acortar y por la de mantenerse: añadien-
do que hay en este pueblo algunos que no
dificultan hacer lo mismo.

Así como es de ver y admirar la pesca
con caballo y red en agua, es tambien ex-
traña y gustosa otra pesca con caballo
y caña en tierra. Los peces que se cogen
con la caña son las perdices, que cazadas de
este modo se podian pregonar en Roma con el
titulo de pesci di montagna, como efectivamente

se pregonan así por Luarema en aquella
 Santa Ciudad, atendiendo a' disimular al
 menos la venta de tan deliciosa carne con
 la honestidad perifraseda del nombre, en
 un tiempo de austeridad y penitencia, para
 que no carecan de este alivio los que por
 su debilidad u' otros accidentes les agrade
 o lo necesitan. Et este género de peces de
 monte puede aplicarse oportunamente el
 lugar de Ovidio en que pinta con viveza los
 efectos del Diluvio de Deucalion que llevó
 a' las cimas de los montes conchas marinas,
 anclas y peces. Et vetus inventa est in monti-
bus ancora summis &c; o mejor el lugar de Tra-
cio Piscium et summa genus laefit ulmar-
Horat. oda 2^a

De paso prevengo que aquí llaman mon-
 tes a' los plantíos de arboles frutales que es-
 pesándose forman un bosque cerrado e impene-
 trable.

Las perdices son tantas que parecen llovidas

como las codornices, al pueblo de Israel en el
desierto. Tienen un sabor que amaga aseme-
jarse al de las de Europa, pero se queda muy
lejos, así pues las caran o las pescan. El
carador, o pescador a caballo, va armado
de una caña, en cuya extremidad va pen-
diente un larito que le podemos decir an-
uelo. El larito lo forman de dos plumas de
avestruz, proporcionándolas de manera
que dexen un hueco competente y holgado
para entrar por el la cabera y pescuero de
la perdiz y que se destice o escurra bien,
quando llegue la ocasión de hacer el tiro.
A esta caña, prevenida de esta pluma, en
lengua Quicha le dan el nombre de Foxllama
voz adoptada por los que hablan nuestro
idioma.

El modo de pescarlas es este: Luego que
el carador la ve se dirige a ella, y caraco-
leando alrededor con el caballo, la obliga
a tener la cabera en movimiento continuo,

ya a una parte, ya a otra, hasta que se atolondra y perturba: entonces con un tiro bien logrado extiende su caña, y con acierto y primoroso introduce el lazo de pluma, que pende de la caña, por la cabera y pescuero de la perdiz, tirando de ella hacia arriba con aquel violento impulso con que un pescador eleva la caña luego que el pez, engolosinado del cebo, se clava en el anzuelo. Lo mejor es que en breve rato cogen de este modo las perdices a docenas.

Quedo en el rio, suelto el cabo de los caballos cincheros, y lo recogeré ahora mostrando el servicio utilisimo que dan en tierra. Vulara el peon desde su caballo un fuerte toro, y el enlazarado bruto con robustisima pujanza tira del lazo que le enreda y que está asegurado a la cincha. Aqui es un agradable objeto el esfuerzo extraordinario que hacen los dos, el toro para arrastrar, y el caballo

para no ser arrastrado. Y si es escogido y maestro lo consigue, porque se abre de pies y manos, las afirma, las clava, y se queda inmóvil. Excepto si es Anta a quien echan el lazo, porque el Anta, animal de fuerza poderosísima arrastra como juguete al caballo mas fornido y mas experto. Asi suele el jinete oponer la industria a la fuerza, que le arroja el lazo; da a toda prisa una vuelta con él a un árbol vecino quedando el caballo seguro sin que pueda lograr el Anta su vigoroso conato.

Entre los indios infieles, que hacen guerra a los españoles, se encuentran naciones que hacen prodigios con el caballo. Estos bárbaros son aguerridos y bríosos, y con su temeridad y destreza han sacado grandes ventajas en aquel género de combates que han trabado con los nuestros. Solo temen estos indios con un pánico terror a los españoles vecinos de la ciudad de Santiago del Estero, que con intré-

12

rido valor castigan sus brutales insolencias. Una accion con que los amedrentan y les dan terribles escalabros, la executan con caballos cincheros; y a esta especie de pelea con frase provincial la llaman la Ronda.

La Ronda la practican asi: como los indios vienen en varias tropillas a caballo, los bravos santiaguenses salen contra ellos de dos en dos. Salen los caballos pareados y unidos, disimulando con esta igualdad y junta el estratagemas que va armada. Los dos caballos llevan fuertemente atada de cincha a cincha una larga y doble guasca, que es una cuerda gruesa de firme y resistente cuero, y vistos los enemigos se les van acercando a buen paso y parejos; pero estando a breve distancia, se apartan el uno del otro con violentissima carrera, de modo que la guasca vaya muy tirante, y cogiendo en medio a los indios, indefectiblemente,

los arrolla y atropella, haciendo formidable
destruccion en hombres y caballos. Este genero
de batalla y de victoria es prueba evidente
de la maestria y robuster de los caballos in-
cheros, de la destreza y arrojo de los ciuda-
danos de Santiago, y escarmentados los
indios, como de antemano vean que dos de
a caballo juntos se dirigen hacia donde
ellos estan, aunque esten en numero excesi-
vamente mayor, toda la tierra les parece
poca para huir.

Pero no puede negarse que los indios son mas
diestros que los españoles en cavalgar, o tal
vez la que parece destreza es temeridad
nacida de su falta de apprehension en el
peligro. No usan estribos, que en esto se
parecen a los antiguos romanos y griegos,
y a esta causa con rason justa Josef Isca-
ligero en sus opusculos da por adulterina
la moneda que representa al Emperador
Constantino a caballo y sostenido en ellos.

Tampoco usan de freno para el gobierno del caballo, y ese es mayor prodigio. Alguna vez forman del cuerno del venado como es gancho, una especie tal cual de bocado bastisimo, que preste algo de sujecion, sin merito para tener el nombre de freno. Por lo comun su rienda es la crin; reduciendo toda la direccion del bruto a un grueso chicote que llevan en la mano, y al golpe, o al amago solo, vuelven y revuelven el caballo, haciéndole no ya correr sino volar.

Para montar a caballo no tienen mas apoyo que su lanza, y apimándose en ella se botan hacia arriba con suma velocidad, quedándose parados sobre aquel aparejuelo que hace veces de silla. Juzgo que los ginetes famosísimos africanos, y hungaros, no solo no exceden a los indios, si que apenas

les compiten. Muchas veces los españoles
diestros en el arte de desechan un caballo
por floxo o por zaguaro; pero este si cae en
el manejo de los indios es otro y se convierte
en ave, y no con aquella ligera pasajera
y sobrepuesta que los gitanos de España
comunican a los jumentos que montan para
engañar a los compradores; porque siempre
que el indio cavalgare sera ligero el caballo,
pues parece sabe el arte de obligar al bru-
to que exercite los mas briosos espíritus que
por astucia tenia reservados.

Una de las mas singulares diversiones
que hay en estos paises, es la de correr los
avestruces, y es mas agradable sin compa-
racion que alla la muestra de correr liebres.
El avestruz de América es menor que el
de Africa. En medio de su aparente pesa-
der es una exhalacion que desaparece en
la carrera. Meditando en su velocidad extra-

ordinaria, he discurrido si acaso le pon-
 drian el nombre de avestruz para signi-
 ficar esa extraordinaria velocidad; por-
 que esta palabra de avestruz, notoria-
 mente es conjuñesta y corrupta de las
 dos voces, avis struthio, de las quales
 la primera significa ave, la segunda
pájaro, y se unen las dos en este nombre
avestruz, quiras por dar á entender que
 el avestruz es dos veces ave en su lijera
 casi increíble.

Van á vuela pies en la carrera, ayudán-
 dose pasmosamente como de remo de
 una sola ala, y es de la que corresponde
 al lado por donde el jinete la persigue;
 pero no se fia unicamente de su lijera,
 sino que la auxilia con la maña, tro-
 cándose repentinamente hacia otro lado,
 y burlando de su enemigo á quien le
 gana mucho terreno antes que lo vuel-
 va á seguir directamente. Pero los indios
 saben aguijar tambien á sus caballos con

tan especial aliento, que a la carrera seguida suelen alcanzar el avestruz, que es quanto puede decirse en el asunto.

Aunque el modo comun de cogerlos es, que como estan ya prácticos, en su fuga proporcionan dos o tres ginetes las distancias para salirles al encuentro luego que el avestruz se cambia en la carrera, y logran enredarlo con las bolas que le tiran, las quales estan en las extremidades de una guasca o cuerda de cuero, en que son diestrisimos los indios, y son armas muy usuales con que enredan hombres, caballos, toros, tigres &c. Estas las usan aqui nuestros españoles para iguales fines; son diestros en usarlas, y en el coger avestruces bien, no tanto como los indios, ni en lo uno, ni en lo otro.

No obstante que estos son de ingenio tardo y obtuso, para descuidar a sus enemigos, se valen de un genero de engaño que prueba ingenio por la inventiva y ad-

misable destreza para su práctica. Como
 aqui se encuentran con tanta frecuencia
 caballadas numerosas, ya de cimarrones,
 ya de los que tienen dueños, estas suelen
 traer uno ó dos hombres que las guardan,
 los indios, para asegurar el golpe en los
 pasajeros y quitarles el receloso susto que
 les pudiera quitar la presa de las manos,
 finjan de esta manera: Dos de ellos se
 dexan ver en ademan de quien conduce
 ó pastorea aquella tropa de caballos; los
 demas indios van escondidos; pero ¿dónde
 y cómo se esconden? Se esconden en el
 mismo caballo sin echarse á tierra. Qual
 de ellos va asido del vientre y se esconde,
 y se oculta; qual desprende el cuerpo por
 un lado, qual se descuelga por otro, de
 modo que á lo lejos se ven en cerro y des-
 montados los caballos. A esta vista los ca-
 minantes no recelan; se acercan ó no ven-
 san que se acercuen ellos, hasta que tienien-
 do los caballos sobre sí, ven de repente so-

bre si y en ellos una tropa de indios armados
de quienes son despojo facil y sangriento.

Ciertamente que este es un genero de pericia
no vista en España, y que admiraria el verla.
Don Rodolfo Agnaviva, hoy duque de Arri,
corre un caballo casi inclinada su cabera so-
bre la mantilla del jaer, y en el juego de
alcancias y cañas sabe resguardarse con la
adarga a la maravilla, encogiendo su corp-
lenta estatura con destreza singular. Creo
que V. S. logró ver el magisterio y dominio
de su manejo; pues corrió varias veces en
Córdoba, Sevilla y Laja, aunque en esta últi-
ma ciudad no hubo de querer usar todo
su arte de cubrirse. Yo entiendo que alude
Virgilio a habilidad semejante quando en
el libro 10. de su Eneida elogia así al pug-
nar de Halaeso Sed bellis acer Halaesus
tendit in adversos, seque in sua colligit arma.
Pero en juicio desapasionado no puede hom-
brar la destreza de uno y otro con la que
acabo de referir de los indios.

Hay muchos entre ellos, que ensillan, montan y sujetan los toros, y siempre que hay corridas de estos brutos, hacen alarde de su destreza usando de un bravo toro, como de un caballo, y picando desde él los demás que se habían en la plaza. En varias de nuestra España se vio un indio, no ha muchos años, executar todos esos primores, que allá fueron novedades y aquí no hacer armonia por comunes.

De aquí podemos llamar con propiedad centauros a estos indios, que se exercitan así sobre los toros, porque la voz griega no significa otra cosa que agitare tauros stimulus ó cosa equivalente. Así el nombre de centauros, significó primero aquellos antiguos que marchaban sobre los toros, el qual uso les dió el nombre y ocasion al error de creerlos monstruos de las dos naturalezas semivivem que virum, semique virum vovem, como dijo Vordio del Minotauro. Ahora que hubiera la práctica de pasear sobre estos brutos, pa-

rece que la indica la fabula de Europa, hija de Agenor, que se sentó, por disvertirse, sobre la espalda de Júpiter, convertido en hermoso novillo; y de toda esta ficción se puede sacar alambicada la verdad de aquel uso.

Y así quando el doctísimo Filipo en su preciosa carta 42 del tomo 3.^o, dice de los Centauros lo siguiente: "Los Centauros, medio hombres medio caballos, no fueron otra cosa, segun buenos autores, que algunos habitantes de Tessalia... los quales inventaron el uso de los caballos para el ministerio de la guerra; se ha de entender de la voz centauro, con significacion aplicada, que se transfiera á significar hombre medio caballo; significando en ella de suyo hombre medio toro; y los que quieren expresar mas bien la naturaleza del caballo añaden la voz griega hippos, que lo significan y dicen hippo-centauro; bien que siempre queda la misma impropiedad en jure, y es preciso que la voz tauros se entienda por catacasis á significar

caballo, significando toro: bien que semejante uso tenemos en nuestro idioma quando decimos que va a caballo, el que va en mula, o que cabalga el que camina en un jumento, o lo que yo suelo decir por chiste, que en nuestra Andalucía toda vaca es toro para la plara, todo toro es vaca para el mata dero.

Si me parece que el eruditísimo benedictino está diminuito en explicar el origen del error con que tuvieron a esos ginetes de Tesalia por medio caballos, medio hombres. El origen del engaño fue este: llevaban los tesalos sus caballos a beber al río, iban montados sobre ellos, y quando bebían efectivamente, como baxan la cabera y el cuello, quedaba para el lexos la representación con que nos juntan a los centauros: de modo que los habitantes de la distante opuesta orilla, engañando por los ojos el discurso los creyeron monstruos, cuya parte anterior y superior era de hombre, la

posteriores de caballo. Sea la que fuere, estos dies trisimos indios ya manejan do caballos, ya toros, pueden llamarse centauros.

Doy a V.S. por última prueba de la habilidad de estos ginetes de la América Meridional el gran concepto que hizo de ellos, aquel espíritu de Marte, el Excmo Sr. Don José de Armendariz, marqués de Castelfuerte, siendo virrey del Perú, y lo fue doce años: meditaba el proyecto de que nuestra caballería española fuese toda de ginetes de la América, porque con el facilísimo manejo que tienen en los caballos, y en sus evoluciones, harían prodigios en la guerra. Para probar mi asunto basta el intento de aquel Excmo Señor, aunque el pensamiento es impracticable, y aunque pudiera reducirse a ejecución causaría por una parte inconvenientes y daños infinitamente mayores que la utilidad que por otra parte produciría.

Ello es así que los que se habían de enviar a España habían de ser o indios o criollos que, como V.S. ha visto, son tan hábiles unos y otros

en el arte de cabalgar. Indios no podian ser, porque dexando a parte que son rufios y estupidos, veleidosos tanto, que de repente se hallaria el Rey sin soldados por una deser- cion universal, son amantisimos de su pais, y no habria fuerzas para sacarlos de el, y por lo comun no son pacientes del tempe- ramento de España y era llevarles a mo- rir aun antes de pelear. A que se agrega, que aunque no hubiese este cumulo de ra- zones en contra, bastaba sola la distancia para hacer inaxequible el proyecto, por- que se imposibilitaban las reclutas que son precisas o por los que mueren en la campaña, o por otras causas con que se dis- minuye la tropa.

Criollos, tampoco pudieran ser, porque para formar con ellos la caballeria de Es- paña se despoblaria la America. Es ver- dad, que si los españoles que tiene nuestro Rey en todos sus dominios de las Indias se reduxesen a la extension de terrenos que

ocupa nuestra Península, no tengo duda que harían un país tanto o más poblado que España; pero no en todas las Américas hay ginetes como en la Meridional, ni esta sola podría bastar sin destruirse à mantener la tropa en número competente. Con que, el que llaman proyecto del Marques de Castelfuerte, ó fue una mera galantería de la conversacion, nacida de la insigne pericia de cabalgar de los americanos, ó lo que es mas verosimil se extenderia solo à que el Rey tuviese en pie uno de los regimientos de estos naturales con título de caballos ligeros; que entonces la execucion no seria sumamente difícil: este género de tropa podría ser muy útil.

Concluiré esta carta, que ya va prolixa, con un abuso, que si es cierto es lastimoso. Como aqui se hace gala y competencia del dinero y manejo en el caballo, algun otro, por hacerse singular en la línea, ha tomado el recurso à medios ilícitos y à pactos diabó-

lios. Y quando digo aqui, entiendo toda esta vastisima region. No suelo tener la credulidad de valde y sonera, ni soy partidario en las preocupaciones del vulgo; pero quando las cosas se saben por conducto o tribunal en que el res no miente (¿pues qué utilidad podia sacar de fingir delito?) seria temeridad o quira insensater regatear el asenso.

Bien se, por otra parte, que en asuntos tales se pondera demasiado, que si se rebaja la tara de la ponderacion, lo que se vendia por arroba es un adarme; pero se tambien que la mentira muchas veces es hija de algo. - Hay aqui unas cuevas a quien el comun les llama Salamanca, y la fama vulgar es que en ellas hacen sus contratos con el demonio los que lo buscan en los hechizos y supersticiones, ya para domar el caballo mas feroz, ya para otras especies, que no solo son perversas en los medios sino injustisimas en los fines. Y

asi para celebrar a' uno de quiete, es usual
elogio decir: "parece que fulano ha estado
en Salamanca." En Cordoba de Tucuman le
llaman Salamanca a' qualquiera cueva obs-
cura y pavorosa, como que busca la obscuri-
dad para su catedra de engaños el princi-
pe de las tinieblas.

(Aqui se omiten cuatro hojas de conversacion
sobre las cuevas de Salamanca, y ensenanza de
magia en ella &c.)

Esta amena fabula corre en nuestro pais
y aunque trae consigo las recomendaciones,
todas de grandes mentiras, quiza pudo tener
origen antiguo en el estudio nigromantico
enseñado por los arabes en alguna cueva
o sitio oculto; bien como para el asunto
de hacerse insuperables de otro en la destreza
de manejar el caballo, se cree por algunos
que en las espeluncas melancolicas de esta
parte de America a' quienes dan ciertamente
el nombre de Salamanca, hay hechiceros que
se entienden con el demonio sobre el asunto.

Señor, el vino han sido, en esta prolisa carta, los ginetes y caballos americanos, que con justa razón por molesta vino a rematarse en cuentos de molinos. Yo, tratando en ella de caballos, he executado lo que los ginetes que corriendolos por delicia en las campiñas se salen muchas veces del caballo, o por mejor decir, en tanto discurso y digresion he representado la Troya o chamberga que Julio Ascanio y los demas troyanos jovencitos bailaron a caballo en Sicilia, segun Virgilio en el 5º de la Eneida:

Olli discurrere pares, atque agmina terni
diductis solvere choris, rursusque vocati
convertere vias

Inde alios ineunt cursus aliosque recursus
adversii spatius, alternosque orbibus orbes
impediunt

Pero ya me hace gran lástima haber fatigado tanto a los caballeros y caballos con el ejercicio de mi pluma.

... Y contemplo a V. S. causado, de leer,
hasta los ojos.

Pues, 'adios, señor, hasta la vista, que
deseo infinito, con las dichas de V. S., en tan
inmensa distancia.

Hacia el año de 1881 mandé sacar esta copia del "Deposito Hidrografico" el Excmo. Sr. D. Bonifacio Cortés Slanos, gran hombre de a caballo aficionadísimo inteligente en toda clase de asuntos hípicas, sobre todo de libros Españoles y Portugueses de Gineta y Brida, de los que formo selecta coleccion que yo reuní en 1884, á la que mi Sr. padre D. Felipe de Soto Pasada y yo habiamos hecho con anterioridad formam-

do ambas una de las
series de la Biblioteca
de Sabra (Asturias)
propiedad de
S. de Soto Cortes.



